



Sofos
Grupo de Estudio
y Trabajo Académico

SEMINARIO PROBLEMAS COLOMBIANOS CONTEMPORÁNEOS
Ciclo 2016

“Grandes pensadores de la crítica en Colombia”

FERNANDO GONZÁLEZ – VIVIR A LA ENEMIGA

PRESENTACIÓN A CARGO DE CRISTÓBAL PELÁEZ GONZÁLEZ
DIRECTOR DEL TEATRO MATACANDELAS

**“A Colombia no le ha pasado nada
tan grande como Fernando González”.**

Alberto Aguirre

28 de mayo de 2016

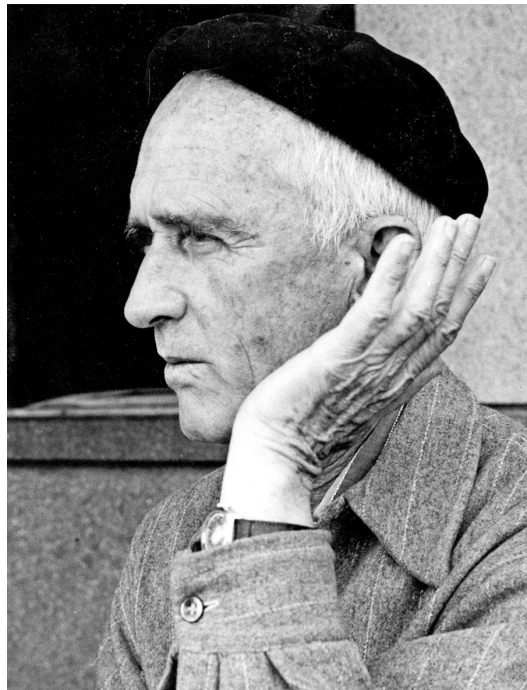


Foto © Guillermo Angulo (1959)

Fragmentos de Alberto Aguirre sobre Fernando González

A Colombia no le ha pasado nada tan grande como Fernando González. Y eso es la grandeza: acicate para seguir vivos. Estar vivo es tener ganas: de pelear, de penetrar en el mundo, de buscar el conocimiento, de asediar placenteramente a esa presa furtiva que es la verdad.

Qué bueno que haya existido Fernando González. Ahí está. Puede ser *existencia* para otros. ¿Lo es ya? Quizás. De todos modos, aunque la moda no lo lleve hoy en la cresta de la popularidad, ahí está como un tesoro, como acopio de armas y vituallas para el combate que algún día librerá Latinoamérica por su libertad y su destino. Es un signo para la vida.

Cuadro. Medellín, Editorial Letras, septiembre de 1984.

* * *

Fernando González era la búsqueda de sí mismo. Todo su conato creativo, así como su presencia de hombre en el mundo, tenían esa meta, marcada ya en el Templo de Delfos como el primer impulso filosófico.

En el número 2 de la *Revista Antioquia*, al decir que el 1 se había agotado, anota: “No esperábamos tanto, pues esta revista es hija nuestra y nosotros *vivimos a la enemiga*”. Para eso hizo esta revista, para vivir a la enemiga. Pues no de otra manera se puede vivir en una sociedad podrida. Ante todo, se precave de la adulación: “El admirador desea que seamos como él, que nos convirtamos en servidores de sus gustos; de ahí la esclavitud en que caen los alabados: pierden la agilidad, esencia de juventud, esencia de quien vuela, del andarín y del celícola”.

No escribía para la gloria. Por eso vivía a la enemiga, pues los colombianos no hacen cosa alguna, ni escriben cosa alguna, ni intentan cosa alguna que no sea para asegurarse el pedestal y una fama aldeana. En un país así, Fernando González no tenía “copartidarios”. Ni escribía para ganar medallas. Al escribir *a la enemiga*, desechaba adeptos y condecoraciones. Escribe que si el Creador le propusiera eternizarse sobre la tierra, le pediría que lo dejara siempre enjuto de vientre, y añadía: “Eternízanos enamorados de todo, pero solitarios, jamás *copartidarios*”. [...]

Porque el pensamiento de Fernando González va adherido a la realidad. [...]

No es que González tuviera el don profético sino que sabía cavar hondo en la realidad. Y en ésta se encuentra, *in status nascendi*, el porvenir. [...]

Auscultó al hombre colombiano desde su raíz. O desde su circunstancia, que viene a ser lo mismo. [...] Como el colombiano es *presentista*, no hay aquí conciencia histórica. Ni hay memoria. Se vive la anécdota. Se vive sólo desde las coyunturas, sin entender ni atisbar siquiera las estructuras fundamentales. De ahí que la rencilla, y su producto genérico, la

violencia, sean el dato del hombre colombiano. Es que no entiende. Y los remedios que concibe para sus postemas son todos tópicos. No se llega a la raíz. El colombiano no ve más allá de sus narices. [...] Por eso es que no ha *visto* a Fernando González. Ni ha entendido su método.

“Introducción” en: González, Fernando. *Revista Antioquia*. Editorial Universidad de Antioquia, marzo de 1997.

* * *

Era ese magma que se venía agitando en la intimidad, y que este libro [*Santander*] descubre. O sea, que González te destapa, te impulsa a la desnudez. No es maestro, ni cartabón, ni guía de perplejos: no te suministra un dechado de principios morales o filosóficos o ceremoniales, para vivir la vida. No es pauta, ni plantilla. Si se sabe leerlo, te da una patada-de-mula. Tampoco es un camino, pues no se puede andar el camino trepado en los hombros de otro. Ni el camino de otro me sirve. [...]

No hay tabla de salvación sino en la intimidad. Y la intimidad es esa cosa que no se puede compartir con nadie (ni siquiera en el amor), y que nadie conoce. Y que a uno mismo le cuesta inmenso trabajo asomarse a ella. Conocerse a sí mismo es tarea más difícil que conocer a otro. Y son muy poquitos los que se han asomado a su propia intimidad. González fue uno de ellos. Ese es su misterio. [...]

¡Qué pereza ser estación! Puede que sea más seguro, pero es aburrido. Todo esto quiere decir que uno no se puede sentar a estudiar los libros de Fernando González. Mejor dicho, no es posible dedicar vida o minutos a aprenderse los libros suyos. No se lo imagina uno — y a Dios gracias, pues ahí sí lo volverían estación— como materia de currículo en el octavo semestre de la Facultad de Filosofía. Un pensamiento vivo no se puede cuadricular.

“El brujo Fernando González”. *Magazín Dominical de El Espectador*, n.º 565, febrero 27 de 1994.

* * *

“Filosofemos aquí, en donde hay yarumos blancos”, escribe Fernando González en *Viaje a pie*. Es la vida la que dispara el pensamiento: la suya es una razón vital. La visión de los yarumos blancos, ese sosiego bajo la ancha copa arbolada, acicatea al espíritu. No es filósofo de gabinete, Fernando González, ni de sistema: su obra no puede ser encerrada en píldoras ni en conceptos. No puede ser enseñada, ni memorizada para repetirla luego en cátedra o en mesa redonda: no es filosofía de cursillo. Porque su obra dimana de su vida, en ella entronca y ninguna vida puede ser vivida por otro. Ni hay vida enseñada. Es un amor, un ansia, un desasosiego por la verdad, siempre furtiva. Y esta propensión del ser a apacentar bajo los yarumos blancos. [...]

No lo quisieron en Colombia. Ni lo quieren. Pero, ¿vamos a caer ahora en el complejo de “grande hombre incomprendido”? ¿Ese que paralizó al Maestro de Escuela? El Maestro Fernando González ya transitó tales abrojos: “Reniego así de mi obra y vida anteriores, o,

dicho con palabras más suaves, me despido del maestro de escuela”. Se despoja, y firma esas páginas como “ex-Fernando González”.

Lecturas Dominicales, El Mundo, febrero 11 de 1989, página 3.

* * *

Pero también hay muertos vivos. Aquellos tan preñados de vitalidad y de violencia que la muerte fisiológica no destruye su vivencia sino que la dispara, la riega.

Fernando González era un vivo. Porque temblaba, porque se revolvía, porque desafiaba a este orden social cadavérico. Y esta estructura social de la cadaverina lo silenció oficialmente, relegándolo a “otra parte”: allí vivió en el exilio, extrañado de su propia patria. Ese librito que yo le hice fue un vía crucis y cuando al fin lo tuvo en sus manos exclamó: “¡Pero qué alegre que estoy! Tal como está era como yo lo quería”. Había sido una pequeña victoria contra los funerarios del silencio.

Pero un día se murió el maestro. Recuerdo su entierro. Luego de alzar el ataúd, ya dentro de la iglesia, en la ceremonia fúnebre, padecí un fuerte olor a cadaverina. Atisbé. No era el muerto, porque yo sabía que ese dentro de la caja era un vivo. Ese tufillo venía de los circunstantes. [...]

Había que resistirse a que enterraran a Fernando González. Presentí entonces que le lloverían losas encomiásticas para taparlo, así como lo habían tapado, con el silencio, mientras vivía. [...]

El único “homenaje” (habría que destruir esta palabra) posible al maestro Fernando González sería perpetuar su irreverencia, su desafío al orden social de la podredumbre. Y empezar, quizá, por alguna irreverencia hacia él mismo. Como tumbar el busto.

Archivo Corporación Otraparte. Columna de opinión *Cuadro*, publicación y edición desconocidas.

Grupo Sofos
Mayo 14 de 2016

Correo electrónico: gruposofos@gmail.com

Blog: <http://gruposofos.blogspot>